

## Funciones de la caricatura. Un recorrido emocional por la prensa dominicana<sup>1</sup>

José Luis Sáez Ramo<sup>2</sup>

La caricatura, como género periodístico, es un fenómeno relativamente reciente. La caricatura es tan antigua como el grafito. Restos de dibujos muy semejantes a la caricatura se encontraron en los muros de algunas casas y, sobre todo, en los salones de algunos prostíbulos de la desenterrada Pompeya. Una manifestación semejante, de la que no se conserva ejemplar alguno, pero sí la tradición, eran aquellos diálogos anónimos que, desde el siglo XIV, se pegaban a la estatua de la plaza romana de Pasquino. Y sin embargo, la caricatura no se incorporó al periodismo hasta avanzado el siglo XIX, mientras la conocida historieta nacía en el periodismo.

A pesar de opiniones hasta encontradas en cuanto a la definición, se puede decir que la caricatura es una representación distorsionada de una persona, objeto o acción. El artista debe tener la habilidad de escoger un rasgo sobresaliente (estatura, volumen, defectos físicos, etc.), y exagerarlo por exceso o por defecto. También algunos rasgos o miembros animales y vegetales se sustituyen por partes del cuerpo humano o se establece en el “retratado” la analogía de acciones propias de

1. Conferencia pronunciada en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia en la noche del miércoles 23 de abril de 2014.
2. Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia e integrante de la Comisión Editorial de esta revista.



los animales. Como ejemplo de todo esto bastaría con recordar la atrevida caricatura publicada en *La Caricature* (Paris, 15 diciembre 1831) del rey Luis Felipe I de Orleans, disfrazado del conocido personaje cómico Gargantúa, que le valió una multa y seis meses de cárcel al genial grabadista Honoré Daumier, al comparecer ante la corte el 23 de febrero de 1832.

Las deformaciones satíricas y analógicas cómicas en la escultura, el drama y la pintura de vasijas son formas mucho más antiguas que la caricatura puramente gráfica o impresa. Algunos autores opinan, sin embargo, que el rostro es el punto de partida y el material de la mayoría de las caricaturas. Y es verdad que muchos caricaturistas se limitan al rostro para ridiculizar a la persona retratada. Sin embargo, una vez que lo esencial de este arte es exagerar el rasgo o rasgos distintivos de la persona, se puede reducir al rostro, una vez que algunos personajes de la política o hasta la farándula poseen otros atributos más valiosos como definición de su personalidad que sólo la forma de su nariz, las arrugas de su frente, sus cejas arqueadas, los labios abultados o el cabello crespo.

Aunque no se trate propiamente de una herencia en sentido estricto, no falta quien piense que la caricatura en su forma moderna se ha beneficiado ante todo del Impresionismo, y dicen que esa corriente pictórica le facilitó los “medios para captar rápidamente las superficies, librando al dibujante de la preocupación de perderse en los detalles”, como hubiera exigido el rebuscamiento del Barroco o el escenario teatral del Romanticismo en la pintura del siglo XVIII. Y hay que reconocer, aunque esto sea sólo una opinión, que ni siquiera los bocetos, apuntes o estudios de los pintores de ese siglo se permitían la simplicidad de líneas a que ha llegado la caricatura moderna.



El vocablo que designaba originalmente a la caricatura, evidentemente italiano, parece haber sido usado por vez primera por el conde Mosini en 1646, al presentar una colección de dibujos del pintor italiano Agostino Carracci (1557-1602), que reproducía tipos callejeros de su nativa Bolonia. El término que usó Giovanni Atanasio Mosini fue “perfetta deformità” (perfecta deformidad), en evidente alusión al insistente concepto renacentista de “bellezza perfetta”.

También se dice que fue el escultor y arquitecto italiano Gianlorenzo Bernini (1596-1680), dedicado también a este arte menor, el que introdujo la palabra “caricature” en Francia durante su estancia allí en 1665. No creo que se aleje de la realidad el decir que la caricatura, cuya base y sentido está en ridiculizar a alguien o algo, se convierte por esa misma razón en un “anti-retrato”.

Es preciso, sin embargo, aclarar que el término genérico que designa a esta modalidad de periodismo iconográfico no siempre se utiliza con la debida propiedad. Muchas de las “caricaturas” que se publican diariamente en nuestros periódicos no son más que ilustraciones humorísticas y algunas no llegan siquiera a eso, como es el caso de algunas que actualmente ilustran la opinión editorial del vespertino *El Nacional*. Cuando la noticia y el editorial se refieren a la muerte de un literato, político o escritor, se ausenta el humor de esa viñeta, y aunque sea obra de un caricaturista como Cristian Hernández, esa viñeta se convierte en una simple ilustración, a la que hay que añadir el adjetivo iconográfica, sólo porque se trata precisamente de ese género. Al faltarle el ingrediente del humor, deja por eso mismo de ser caricatura propiamente dicha.



## La sección más atractiva de la prensa de finales del siglo XX

Aunque es posible, como ocurrió en la historia del periodismo mundial, que la caricatura surgiera también en Santo Domingo en un medio ajeno a la prensa periódica, no conservo documentación sobre ese hecho. Sí me consta que, aunque de forma esporádica, apareció en el siglo XIX y al año siguiente de su separación de Haití. Sé, sin embargo, que a principios y hasta la primera década del siglo XX aún se conservaba la costumbre de imprimir tarjetas postales con caricaturas políticas de actualidad, a las que se daba el mismo uso que actualmente tienen las tarjetas postales con monumentos históricos o las que se usan para felicitar en cualquier ocasión a un pariente o relacionado.

Uno de los creadores de esa modalidad de caricatura política fue Ramón Mella Lithgow conocido como Walter, más fotógrafo que dibujante.<sup>3</sup> No cabe duda de que algunas de las primeras caricaturas que se conservan, por su naturaleza y temática, debieron ser impresas o simplemente copiadas de manera clandestina, y probablemente nunca llegaron a las páginas de un periódico.

Como el periodismo dominicano ha estado desde sus orígenes vinculado a la lucha política, no es extraño que la caricatura política encontrase en la prensa periódica su lugar más apropiado. Como es natural, la repetición de regímenes dictatoriales o simplemente tiránicos hizo que el arte de la caricatura no tuviese un crecimiento sostenido, sobre

3. Emilio Rodríguez Demorizi. *Pintura y escultura en Santo Domingo*. Santo Domingo, Julio D. Postigo e Hijos, 1972, p. 141; Ángela Peña. "A principios del siglo circularon postales con caricaturas personajes vida política R.D." *Última Hora*, Santo Domingo, 6 de septiembre de 1974, p. 12.



todo en el siglo XX. Era preciso disfrutar de cierta apertura democrática para que este género, eminentemente crítico, tuviera justificación y contase con un ambiente propicio para su desarrollo. Por eso, la caricatura florece durante el Gobierno de Horacio Vásquez (1924-1930), y desaparece prácticamente, al menos en su forma de crítica social, durante la tiranía de los Trujillo (1930-1961).

En la historia del periodismo dominicano, no sólo aparecieron paulatinamente ese u otro tipo de ilustraciones humorísticas en la prensa, sino que surgieron, a partir de 1891, más de cuatro publicaciones casi exclusivamente dedicadas al periodismo iconográfico. El 18 de enero de ese año, apareció *El Lápiz*, una revista quincenal variada, --sólo se publicaron 25 números, es decir durante poco más de un año--, dirigida por el dibujante José del Carmen Pérez o Zerep, en la que predominaba la caricatura.<sup>4</sup>

Dos años más tarde, en 1893, y como suplemento dominical del *Listín Diario*, surgió *La Caricatura*, dirigida por Arturo Pellerano Alfau y el poeta venezolano Andrés A. Mata. Como parece que se aceptaba este tipo de publicaciones o estaban de moda, Jesús María Jiménez Ferrer lanzó el 20 de noviembre de 1893 el semanario *El Gil Blas*, como es obvio, de corta duración.

Más escasos fueron las publicaciones de esas características durante los primeros años del siglo XX. Antes de la Ocupación Militar Norteamericana, el 14 de junio de 1913, surgió *La*

4. Emilio Rodríguez Demorizi (editor). *Caricatura y dibujo en Santo Domingo*. Santo Domingo: Fundación Rodríguez Demorizi, 1977, pp. 29-224; María Ugarte, "Caricaturas de 'El Lápiz' son vivo reflejo de las costumbres dominicanas de fin de siglo". *El Caribe*, Santo Domingo, 9 de junio de 1990), pp. 10-11.



*Avispa*, dirigido por Luis Emilio Alemar y Miguel Angel Guerrero y, el 12 de agosto del mismo año, apareció la revista *Sport*, dirigida por Bienvenido Gimbernard.

Nueve años después (el 10 de septiembre 1922), y aún durante la Ocupación Militar Norteamericana, –se puede fácilmente suponer qué tipo de humor podrían cultivar y publicar entonces–, salió *Almanaque Cómico*, también dirigido por Luis Emilio Alemar, aunque en abril del año siguiente, el mismo Alemar lanzó al público también *La Caricatura*.<sup>5</sup>

No parece que volvió a ensayarse este tipo de publicación hasta más de un año después de descabezada la tiranía trujillista, cuando apareció *Cachafú* (Santo Domingo, 15 de diciembre de 1962), un semanario prácticamente humorístico, en mal papel, donde surgieron dibujantes como David Romero, David Morales y Teddy Peguero.<sup>6</sup> El 21 de marzo de 1974 apareció otra similar, dirigida por Salvador Pérez Martínez, con el título de *¡Fuá!*, de existencia breve. Por último, en los últimos años del siglo (1994-1995), apareció “*D.D.T. (Declarado Delirium Tremens)*”, un semanario de 31 páginas, exclusivamente de humor y con escasa publicidad, obra de Freddy Beras Goico y Huchi Lora con caricaturas e historietas de Cristian Hernández, Daddy Romero y Teddy Peguero.

Por último, patrocinado por el *Listín Diario*, apareció el 8 de noviembre de 2002, el semanario de 16 páginas a color

5. Marcos A. Martínez Paulino. *Publicaciones periódicas dominicanas desde la colonia*. San Pedro de Macoris, Universidad Central del Este, 1984), pp. 173-174.
6. La dirección colegiada era de Virgilio Alcántara, Juan José Ayuso, Pedro Gil Iturbides, Bernardo Palau Pichardo y Francisco Álvarez Castellanos. Su lema, en el mismo tono general de la publicación, rezaba: “Ni izquierda ni derecha. ¡Manca!”.



*Boquechivo, el humor nuestro de cada día*, en el que además de Harold Priego colaboraban, en una u otra modalidad, Kilia Llano, Stalin Núñez, Gerard Ellis y la argentina Maitena Burundarena. A pesar de contar con cuatro o cinco anunciantes fijos, el suplemento publicó veintiséis números, del 8 de noviembre de 2002 al 25 de abril de 2003.

En cuanto a la prensa periódica comercial, todos los diarios matutinos capitalinos hasta el 26 de enero del año pasado, –el día 25 falleció repentinamente el dibujante vegano Harold Priego–, habían insertado de una u otra forma una buena “caricatura de opinión”, aunque *Diario Libre* tenía y tiene aún dos: una en la segunda página (“Diógenes y Boquechivo”, ahora de Samuel Priego, el hijo de Harold), y la otra en la última página (“Rosca Izquierda”) del dibujante chileno Hernán Jirón. El matutino *El Caribe* ha seguido con su espacio anónimo en la página segunda, con una caricatura de opinión del maestro José Mercader, donde había aparecido años antes “Matías y Berroa” de Priego.<sup>7</sup> Y es precisamente a la capacidad expresiva y sobre todo docente de esas caricaturas de prensa a lo que pretendo referirme en el resto de esta conferencia.

## Los caricaturistas dominicanos y su trabajo docente

Aunque la caricatura dominicana de prensa nació, por decirlo así, al año siguiente de la separación de Haití, –el día 19 de septiembre 1845 en el periódico *El Dominicano*– ya son muchos los caricaturistas que han desfilado por la prensa,

7. Sobre José Mercader, véase: Ángela Ornes. “Estima que se siente realizado en el mundo del humor”. *El Caribe*, Santo Domingo, 24 de noviembre de 1983), p. 1-A; José Rafael Sosa. “El aliento de un artista: José Mercader”. *El Nacional*, Santo Domingo, 10 de junio de 2003, p. 2-A.



con mayor o menor éxito. El antojo de los propietarios de la prensa actual, convirtió durante varios años al vegano Harold Priego García–Godoy en el más cotizado.<sup>8</sup> Por eso llegaron a aparecer sus caricaturas de opinión en cuatro de los diarios de la ciudad capital. Sus personajes “Diógenes y Boquechivo” (*Diario Libre*); durante unos tres años “Matías y Berroa” (*El Caribe*); “Eloy en el Hoy” (*Hoy*); y “Doña Mármara y su inofensivo marido Don Chichí” (*Listín Diario*), y en buena parte por eso, muchos lectores aún mantienen la costumbre de tomar esas páginas como punto obligado de partida de su repaso a los periódicos.

La caricatura dominicana, no siempre tan popular, tuvo sus inicios, como ya dije, en 1845 en el periódico *El Dominicano*, el primer periódico privado de la era independiente.<sup>9</sup> El día 19 de septiembre de 1845, apareció en la parte inferior izquierda de la primera página un grabado original de Domingo Echavarría Núñez, que representaba a un soldado haitiano, maltrecho, descalzo y arrastrando un perro famélico. La caricatura de Echavarría, un grabado en realidad, ilustraba un artículo satírico de José María Serra, titulado precisamente “Los Haitianos”.

Domingo Echavarría había nacido en la ciudad de Santo Domingo, el 4 de agosto de 1799, y era el cuarto de los ocho

8. Un trabajo breve sobre Harold Priego es el de Heddel Cordero “Harold Priego: artista en broma y en serio”. *El Nacional*, Santo Domingo, 6 de marzo de 1990, p. 26.

9. El periódico, primero de la Independencia, en que trabajaban Manuel María Valencia y Félix María Del Monte, tenía como lema una frase del escritor costumbrista madrileño Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882): “Aquí no se escribe porque nadie lee y no se lee porque nadie escribe”.



hijos del relojero Julián Echavarría y Margarita Núñez.<sup>10</sup> El 7 de diciembre de 1836 se casó en la Catedral con Petrona Nolasco Morceles, de la que tuvo cinco hijos (dos varones y tres hembras), y falleció a los cincuenta y dos años, el 13 de febrero de 1851.<sup>11</sup> A estos simples datos biográficos del primer caricaturista o simple ilustrador del siglo XIX, puedo añadir que sí se dedicó a la pintura como profesión u oficio, porque suyo era un cuadro al óleo de Santa Lucía que se colocó en la Catedral, posiblemente en la antigua Capilla de Jesús en la Columna, además de dos retratos de ancianos y un segundo grabado, posiblemente anterior al ya citado de 1845, que da una idea de los efectos del terremoto del 7 de mayo de 1842 en la antigua ciudad de Santo Domingo.<sup>12</sup> Aparte de estas obras, —algunas son sólo atribuidas y no consta o no es legible la firma del autor—, Domingo Echavarría Núñez fue el primer “caricaturista” dominicano y eso basta para que le recordemos por ese grabado suyo del primer número de *El Dominicano*.

10. Fue bautizado por fray José Ignacio Gutiérrez, O.F.M., el 15 de agosto del mismo año, siendo su padrino el Dr. Francisco González. Arzobispado de Santo Domingo. Catedral. *Libro XVII Bautismos, 1798-1802*, ff. 72v-73, No. 631.
11. Arzobispado de Santo Domingo. Catedral. *Libro XII Óbitos, 1846-1863*, ff. 36-36v. No hay constancia de la enfermedad que sufría, pero en el acta de defunción dice el padre Cayetano Acuña, cura interino, que “recibió todos los sacramentos de la confesión y extremaunción, y no la Eucaristía por la naturaleza de la enfermedad”. Al no aclarar dónde fue enterrado, se supone que fue en el cementerio anexo, es decir, lo que se convertiría luego en la Plazoleta de los Curas.
12. Emilio Rodríguez Demorizi. *Pintura y escultura en Santo Domingo*. Santo Domingo: Julio D. Postigo e Hijos, 1972, pp. 31-32 (Colección Pensamiento Dominicano, No. 49); Danilo de los Santos. *Memoria de la pintura dominicana I*. Santo Domingo, Grupo León Jimenes, 2000, pp. 144-145.



Ya en el siglo XX apareció otra lumbrera prácticamente espontánea de la caricatura dominicana, con mucha mayor razón que el pionero citado. Como si se tratase de su nombre de pila, siempre se le llamó Benito Procopio Mendoza, aunque se dio a conocer y firmó siempre sus obras con una especie de anagrama: Copito Mendoza. El Dr. Antonio Zaglul, que le conoció y trató luego como paciente, aseguró que “nunca le agradó su nombre y se hizo llamar Copito”. Le describía como “un hombre corpulento y tímido, al decir de quienes lo conocieron”, que era de pocas palabras, y “su mundo largo y ancho lo expresaba con su lápiz”.<sup>13</sup>

También a diferencia de Domingo Echavarría Núñez, aunque esa diferencia no sea apenas perceptible para el no iniciado en este arte, Copito fomentó y logró la maestría en la que podríamos llamar caricatura pura o personal, es decir, la caricatura propiamente dicha, que a diferencia de la caricatura editorial (las que aparecen hoy en nuestros diarios), no tiene mensaje cifrado o texto escrito, sino que es un retrato anímico de un personaje conocido de las letras, la política, las artes o el teatro.

Copito Mendoza nació en San Pedro de Macorís el 6 de julio de 1886, y fue bautizado con casi un año de edad, por el padre Juan Domingo Chiappini con el solo nombre de Procopio, el 3 de julio de 1887.<sup>14</sup> Era hijo de Benito Mendoza Argüello e Inés Gil Segura.<sup>15</sup> Al parecer, publicó sus primeras

13. Antonio Zaglul *Obras Selectas I*. Santo Domingo, Banreservas, 2011, p. 151.
14. San Pedro de Macorís. *Libro II. Bautismos, 1882-1903*, f. 210, No. 793. Sus padrinos fueron Gregorio Velázquez y Esberta García.
15. Así aparece en el acta de matrimonio, celebrado en la parroquia de San Pedro de Macorís, el 16 de diciembre de 1878, aclarando que el novio era soltero y la novia era viuda de Nicolás Enrique. San Pedro de Macorís. *Libro I. Matrimonios, 1877-1921*, f. 10, No. 10.



caricaturas en el *Boletín Mercantil* de su ciudad natal, fundado en 1905. Como hijo de ricos que era, estudió arte en New York y luego se dedicó a viajar por Europa, residiendo algún tiempo en Madrid, y allí fue donde realizó aquella caricatura del violinista austriaco Fritz Kreisler, tan celebrada por el artista, que fue publicada en casi todos los periódicos europeos, y reprodujo José Mercader en su magnífica *Historia de la Caricatura*.<sup>16</sup>

Se casó en su ciudad natal con Adela Regina o Nina Bobea en 1925, pero no dejó herederos.<sup>17</sup> Dibujó sobre todo en las revistas capitaleñas *La Cuna de América* (1903-1924) y *Renacimiento* (1915), hasta que sucumbió a la demencia, –el temido diagnóstico fue sífilis cerebral–, y después de breves y frecuentes visitas al temido manicomio, aún junto a las ruinas de San Francisco, donde incluso le acompañaba su esposa, acabó siendo huésped permanente del antiguo psiquiátrico Padre Billini de Nigua, donde falleció el 6 de febrero 1940.<sup>18</sup> Sus miles de trabajos, tanto en el país como en el extranjero, quizás se podrían parangonar con la obra del genial ilustrador inglés Aubrey V. Beardsley (1872-1898).<sup>19</sup>

El genial Copito Mendoza, que tuvo que sufrir incluso problemas de herencia, nunca quiso aprovecharse de las ofertas

16. José Mercader. *Historia de la Caricatura Dominicana I*. Santo Domingo Archivo General de la Nación, 2012 p, 106.
17. San Pedro de Macoris. *Libro IV. Matrimonios, 1921-1930*, No. 18.
18. Eduardo Comarazamy. “Copito Mendoza daba a sus líneas, como Donatello al mármol, vida y sentimiento”. *Hoy*. Santo Domingo, 6 de julio de 1982, p. 25; José Mercader, *Historia de la Caricatura ...*, pp. 98-111.
19. Véase también el trabajo de corte intimista de Carlos Gatón Richiez. “Estreché sus manos”. *Hoy*, Santo Domingo, 2 de mayo de 1984, p. 36, cols. 1-4.



que recibió para vivir cómodamente de la caricatura y prefirió, por decirlo así, vivir para la caricatura. A Copito le sucedió lo contrario que a Pierleone Guezzi (1674-1755), el primero de los pintores que empezó a vivir de la caricatura y, aparentemente, tuvo más éxito como caricaturista que como pintor.

Por último, también se destacó tanto en la caricatura pura como en la de opinión el empresario e ilustrador autodidacta Bienvenido Gimbernard Gómez (1890-1971), casi exclusivamente en las páginas de su revista *Cosmopolita*, a partir de 1919, cuya frecuencia él mismo denominó “medalaganario”.<sup>20</sup> Había nacido en 1890, el quinto de los ocho hijos de Estanislao o Laíto Prestol y Vitalia Gómez Alfau, y falleció en 1971.<sup>21</sup>

Ya con el apellido Gimbernard, se casó con Concepción Pellerano y de esa unión nació el violinista Jacinto Gimbernard, quien durante un tiempo intentó también hacer caricaturas y es autor de una novela sobre su padre.<sup>22</sup> Además de dar forma gráfica al inevitable personaje de “Concho Primo”, nos dejó constancia de la agitada historia política que precedió al estallido de la gran tiranía que arrancó a inicios de 1930 y cubrió treinta y un años del siglo XX.

20. Jacinto Gimbernard. “Mi padre y su libertad”. *Isla Abierta*. Suplemento Cultural de *Hoy*. Santo Domingo, 24 de noviembre de 1984, p. 10. Sobre la obra en general de Gimbernard, véase Jeannette Miller. *Historia de la Fotografía Dominicana*. Santo Domingo, Grupo León Jimenes, 2010, pp. 21, 89; José Mercader. *Historia de la Caricatura...*, pp. 116-143.
21. Carlos Larrazábal Blanco. *Familias Dominicanas. Letras D-E-F-G*. Vol. III. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1975, p. 323.
22. Jacinto Gimbernard. *Medalaganario*, 2da. edición. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2009.



Como era obvio, desapareció prácticamente entonces la caricatura de las páginas de los periódicos (de los pocos que quedaron vivos), aunque para ser más precisos, debería decir, que apareció un sucedáneo de pobre calidad: la caricatura de política internacional y hecha ex profeso por dibujantes extranjeros. Para ser más concretos, dos “refugiados políticos” españoles de épocas diversas: Blas Carlos Arveras (Blas) y Joaquín de Alba (Kin), que se ocupaban de llenar los espacios de la página editorial del matutino *El Caribe* y antes del vespertino *La Nación* con caricaturas de personajes nunca vistos en las páginas gráficas de esos periódicos, pero que tenían en común ser enemigos del régimen, como Rómulo Betancourt, Luis Muñoz Marín, José Figueres, Fidel Castro y el periodista norteamericano Herbert Mathews.<sup>23</sup>

Blas Carlos Arveras Fernández, del que se sabe muy poco, parece que nació en 1889 y se inició como dibujante a los dieciséis años en la revista infantil *Monos* (Madrid), y cuatro años después optó por la caricatura política en *El Correo Español* (Vizcaya), pasando luego a *La Libertad*, *La Voz* y *El Imparcial* (los tres de Madrid). Era cartelista al servicio de la República Española y estaba casado con la conocida actriz Carmen Rull, cuando se exilió en Francia.

De allí vino al país en el trasatlántico francés *Cuba*, el 23 de febrero de 1940, acompañado de su hijo Clemente Arveras Oria, fruto de su primer matrimonio. Hizo una exposición de

23. Sobre el primero de los dos dibujantes citados, véase. “La exposición de Blas anoche en el Ateneo Dominicano” *La Nación*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo), 24 de mayo de 1940, p. 3. Para una buena selección de la obra de Joaquín de Alba (Kin), véase *Marionetas Comunistas en el Caribe. Castro y otros “demócratas”*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo), Editora del Caribe, 1960.



sus dibujos en el Ateneo Dominicano y viajó a Colombia, en 1941, para abrir allí una exposición de 37 caricaturas, incluyendo tres “estampas de tierra caliente” o gente del pueblo dominicano, como un dulcero o un merengue caliente.<sup>24</sup> A su regreso al país empezó a trabajar en el recién fundado diario del régimen *La Nación* y, al parecer, falleció en la antigua Ciudad Trujillo en 1942.<sup>25</sup>

Joaquín de Alba Santizo o Kin nació en Cádiz (15 abril 1912), era el cuatro de doce hermanos y se educó y creció con su tía en Palma del Río (Córdoba). Empezó su carrera a los catorce años con un dibujo que apareció en *ABC* de Sevilla en 1926. Fue exitoso dibujante de la revista satírica semanal *Gracia y Justicia* (Madrid), a partir del 3 de octubre de 1931, y del diario *La Nación*, también de Madrid, pero a causa precisamente de su arte no se vio libre de la cárcel en tiempos de la República Española.

Una vez libre, gracias a gestiones ante Santiago Carrillo, y después de unos meses en Madrid, pasó a la zona “nacional”, el 1º de julio de 1937, y volvió a su profesión en publicaciones de los primeros años de la dictadura de Burgos, sobre todo en el conocido diario *¡Arriba!* (Madrid, 1940-1941), fundado como semanario por José Antonio Primo de Rivera en 1935.

24. Blas. *Exposición de Caricaturas*. Bogotá, septiembre de 1941. Catálogo. Cuatro páginas del catálogo están dedicadas a una semblanza del dibujante firmada por José Prat. Se trata del socialista José Prat García, nacido en Albacete (10 de agosto de 1905) y fallecido en Madrid (17 de mayo de 1994). Felipe Molina Carrión. “Abuelo, ¿por qué te fuiste al exilio?”, comunicación enviada al I Congreso de Víctimas del franquismo. Rivas Vaciamadrid, 20-22 de abril de 2012, p. 6.
25. Danilo de los Santos. *Memoria de la pintura dominicana II*. Santo Domingo Grupo León Jimenes, 2000, pp. 167-168.



Estando en el periódico, se enroló en la increíble División Azul (1941-1952).

A su regreso de Rusia, nadie explica bien por qué vino al país, ciertamente no como refugiado, y trabajó de profesor de la Escuela de Bellas Artes y luego ejerció su antiguo oficio de caricaturista en *La Nación*, de 1955 a 1960. Se trasladó entonces a Washington, D. C. como exitoso dibujante del tabloide *Washington Daily News*, firmando entonces como De Alba, –el presidente Johnson le compró 72 caricaturas–, pero después de viajar a New York, Puerto Rico y Caracas exponiendo sus pinturas, regresó a España en 1978, y falleció en Palma del Río, la ciudad donde creció, el 5 de noviembre de 1983.

Ya hacia finales del siglo XX aparecieron o se afianzaron nuevos talentos, entre los que se destacan, además del prolífico Harold Priego (1955-2013), –procedente de la publicidad, se había iniciado como caricaturista editorial, aún indeciso, en el *Nuevo Diario*, el 8 de mayo de 1981–; Cristian Hernández (*El Nacional* y ahora en *El Día*); Daddy Romero (*El Sol*, *La Noticia* y luego *El Día*); el chileno Hernán Jirón (última página de *Diario Libre*); José Mercader (primero en *Clave* y desde 2012 en *El Caribe*), y aparte de Harold Priego, todos en plena producción.<sup>26</sup> Desde la muerte de Priego, han quedado aún sin caricatura en su segunda página los matutinos *Hoy* y *Listín Diario*.

Aparte de Eduardo Matos Díaz, que publicó dos colecciones de caricaturas, en 1924 y 1988, y dos o tres selecciones de los

26. Sobre José Mercader, véase el trabajo de José Rafael Sosa. “El aliento de un artista: José Mercader”. *El Nacional*. Santo Domingo, 10 de junio de 2003, p. 2-A.



trabajos de Harold Priego con motivo de una u otra Feria del Libro, fue José Mercader el primero que publicó hace dos años el primer tomo de una excelente y cuidadosa *Historia de la Caricatura Dominicana*, que en 310 páginas recorre desde los primeros dibujantes “después del trabucazo” hasta el ya citado y discutido español Kin.

Además de otras obras menores, este mismo año, el Consejo Nacional de Reforma del Estado (CONARE), le publicó la obra *Huellas Culturales* (2014), después de haber cosechado un triunfo ilustrando y revalorizando la obra de Augusto Sención Villalona, *Historia Dominicana: Desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril* (Archivo General de la Nación, 2010). Dos años más tarde hizo lo mismo, con la colaboración de Alfredo Burgos, en la obra del mismo autor *La Dictadura de Trujillo 1930-1961* (Archivo General de la Nación, 2012).

Entre muchos otros caricaturistas que valdría la pena, al menos, mencionar, para que no se quedaran en el tintero, están en el siglo XIX: Juan Francisco Pellerano (*El Nacional*, 1874); y el portorriqueño Ramón Frade León (*El Lápiz*, 1891). Y ya en el siglo XX se destacaron el ya citado Ramón Mella Lithgow o Walter (Puerto Plata, 1911-1912); Jorge Octavio Morel o Yoryi Morel (Santiago, 1901-1978); Pedro María Peralta (*La Opinión y Bahoruco*, 1930); Eduardo Matos Díaz (*Listín Diario y la Cuna de América*); y por supuesto Roger Estévez (*El Nacional*, 1966); Miguel Sosa Rodríguez (*Cachafú*, 1975); Cheque Cordez (*Vanguardia del Pueblo*, 1981); Julio César Campillo Suazo (*Última Hora*, 1987); y Orlando o Lan Díaz F. (*Patria*, 1965), entre otros.

Por ese crecimiento, desarrollo y madurez de la caricatura y los caricaturistas resultaría absurdo pensar, como lo hizo apenas iniciado el siglo XXI un periodista evidentemente



poco informado, –lástima que hasta alumno de periodismo iconográfico había sido–, asegurando que la caricatura dominicana estaba en crisis, y llegó a decir que ese género, que se pierde en los grafitos del siglo III antes de Cristo,

“no ha despegado aún en el país, porque aquí no hay tradición de exagerar los rasgos de una persona, situación que a veces provoca la indignación del sujeto caricaturizado”.<sup>27</sup>

Aparte de su capacidad de hacernos reír cada día con sus ocurrencias o la habilidad de sacar a relucir temas tan difíciles como la negociación de la deuda externa o la globalización, los caricaturistas han sabido ser maestros de esa escuela sin muros ni matrícula, que ha llegado a ser la prensa actual. Las caricaturas de opinión en las páginas del periódico se convierten en el mejor material docente de los lectores que quieren algo más que una escueta y seca noticia de política o economía.

La caricatura editorial “vocaliza”, por decirlo así, lo que no sabemos decir y quizás ni explicar. Es más, esa especie de comentario gráfico y humorístico dice lo que no nos atrevemos a decir ni siquiera en privado. Por esa razón sirve de editorial popular, simplemente porque tiene la habilidad de decir hasta lo que más duele, y de la manera en que más duele, con mayor habilidad y arte que las frases rebuscadas de uno de aquellos editoriales abstrusos que, en los años sesenta, componía diariamente el padre Oscar Robles Toledano en *El Nacional*.

27. Solange de la Cruz Matos. “La Crisis de la Caricatura”. *Listín Diario*, año CXII, no. 30.429. Santo Domingo, 17 de marzo de 2002, Ventana 1, 3.



Por eso, ni que decir tiene que la caricatura no puede evitar, aunque sólo sea rozar la política. Casi se podría decir que la caricatura, no importa el ámbito cultural de que se trate, es política por naturaleza y no sólo por circunstancias. Y si esto requiriese de prueba alguna, baste con recordar que aun en una tiranía, —el peor enemigo que tiene la caricatura, se hace uso de ella con fines políticos. Un elemento importante, sin embargo, pierde entonces: la capacidad crítica. Es evidente que en cualquier gobierno de corte autoritario, aparte de ponerle trabas a los caricaturistas, el verdadero humor y aún mejor, el ridículo, está en sus propios líderes, y no requieren de la mirada de un caricaturista, porque de por sí son caricaturas vivientes.

No creo que sea solo una exageración mía. Aunque el alcance, estilo y variantes que ha adoptado la caricatura dominicana a través de casi siglo y medio de existencia, los caricaturistas desempeñaron y han desempeñado siempre, como dije antes, una labor docente prácticamente imprescindible. Los periódicos se han convertido así en un libro abierto y ameno que nos pone al tanto de lo que verdaderamente pasa, por mucho que los redactores usen un estilo rebuscado o tengan que recurrir a giros y modismos cercanos a aquél “leer entre líneas”, —en realidad debió haber sido “componer entre líneas”—, tan difícil y tan propio de las etapas de censura empezando por el Viejo Mundo.

## Bibliografía

Arzobispado de Santo Domingo. Catedral. *Libro XVII Bautismos, 1798-1802.*

Arzobispado de Santo Domingo. Catedral. *Libro XII Óbitos, 1846-1863.*



Comarazamy, Eduardo. “Copito Mendoza daba a sus líneas, como Donatello al mármol, vida y sentimientos”. *Hoy*. Santo Domingo, 6 de julio de 1982.

Cordero, Heddel. “Harold Priego: Artista en broma y en serio”. *El Nacional*. Santo Domingo, 6 de marzo de 1990.

De Alba Joaquín (Kin). *Marionetas comunistas en el Caribe. Castro y otros “demócratas”*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo), Editora del Caribe, 1960.

De la Cruz Matos, Solange. “La crisis de la Caricatura”. *Listin Diario*, año CXII, no. 30,429. Santo Domingo, 17 de marzo de 2002.

De los Santos, Danilo. *Memoria de la pintura dominicana I*. Santo Domingo, Grupo León Jimenes, 2000.

Gatón Richiez, Carlos, “Estreché sus manos”. (Sobre Copito Mendoza). *Hoy*. Santo Domingo, 2 de mayo de 1984.

Gimbernard, Jacinto. “Mi padre y su libertad”. *Isla Abierta*, Suplemento Cultural de *Hoy*. Santo Domingo, 24 de noviembre de 1984.

Gimbernard, Jacinto. *Medagalanario*, 2da. edición. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2009.

Larrazábal Blanco, Carlos, *Familias Dominicanas. Letras D-E-F-G*. Vol. III. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1975.

Martínez Paulino, Marcos A. *Publicaciones periódicas dominicanas desde la colonia*. San Pedro de Macorís, Universidad Central del Este, 1984.

Mercader, José. *Historia de la Caricatura Dominicana I*. Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2012.

Miller, Jeannette. *Historia de la Fotografía Dominicana*. Santo Domingo, Grupo León Jimenes, 2010.



Molina Carrión, Felipe. “Abuelo, ¿por qué te fuiste al exilio?”. Comunicación enviada al Congreso de Víctimas del franquismo. (Rivas Vaciamadrid, 20-22 de abril de 2012).

Ornes, Ángela. “Estima que se siente realizado en el mundo del humor”. Sobre José Mercader. *El Caribe*. Santo Domingo 24 de noviembre de 1983.

Peña, Ángela. “A principios de siglo circularon postales con caricaturas personajes vida política R. D.”. Última Hora. Santo Domingo, 6 de septiembre de 1974.

Prat, José. *Blas. Exposición de Caricaturas*, Catálogo. Bogotá, septiembre de 1941.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Pintura y escultura en Santo Domingo*. Santo Domingo, Julio D. Postigo e Hijos, 1972. (Colección Pensamiento Dominicano, No. 49).

Rodríguez Demorizi, Emilio. (Editor). *Caricatura y dibujo en Santo Domingo*. Santo Domingo, Fundación Rodríguez Demorizi, 1977.

Sosa, José Rafael. “El aliento de un artista: José Mercader”. *El Nacional*. Santo Domingo, 10 de junio de 2003.

San Pedro de Macorís. *Libro I Matrimonios, 1877-1921*.

San Pedro de Macorís. *Libro IV Matrimonios, 1921-1930*.

San Pedro de Macorís. *Libro II Bautismos, 1882-1903*.

Semanario *Cachafú*. Santo Domingo, varios ejemplares.

Sosa, José Rafael. “El aliento de un artista: José Mercader”. *El Nacional*. Santo Domingo, 10 de junio de 2003.

Zaglul, Antonio. *Obras Selectas I*. Santo Domingo, Banreservas, 2011.

Ugarte, María. “Caricatura de ‘El Lápiz’ son vivo reflejo de las costumbres dominicanas de fin de siglo”. *El Caribe*. Santo Domingo, 9 de junio de 1990.



## Reseñas bibliográficas

*Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*, de Bernardo Vega Boyrie (editor). Santo Domingo, Editora Centenario, 2014, 686 pp. (Academia Dominicana de la Historia, vol. CXV. Coedición: Archivo General de la Nación, vol. CCV), lanzado al público en el salón de actos de la institución la noche del 21 de mayo de 2014.

Raymundo González de Peña<sup>1</sup>

Agradezco al presidente de la Academia Dominicana de la Historia, Lic. Bernardo Vega Boyrie, quien gentilmente me pidió presentar este libro suyo desde muy temprano, cuando todavía no estaba impreso. Debo decir que conocí esta obra que hoy se pone a circular cuando todavía era un proyecto y del cual pude seguir su formación a través de la asesoría al programa de transcripciones del Archivo General de Nación, cuyo equipo colaboró en varias tareas durante su preparación.

Esta obra constituye una nueva colección de documentos que se suma a la lista de las que Bernardo Vega Boyrie ya tiene en su haber. No obstante, en particular tiene varias características que quisiera poner de relieve muy brevemente a modo de invitación a su lectura. Paso a referirme al tipo de documentos que recoge y, luego, a los rasgos particulares de ella.

### I

La historia dominicana de los siglos XIX y XX cuenta con buenos ejemplos de la gran importancia de los epistolarios como documentos para el conocimiento de los procesos que dieron origen a la independencia dominicana, el pensamiento

1. Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia.



de patriotas y próceres, políticos, clérigos e intelectuales. Hechos políticos y culturales son ponderados en las cartas privadas, a veces con tono moral y didáctico, o también, como sucede con la correspondencia íntima, de confidencialidad y cercanía.

Pero sobre todo, son los de carácter político los que suelen llamar la atención del historiador, ya que encierran claves para comprender no solo las maneras de pensar, sentir y actuar de muchos personajes influyentes en el devenir político del país, con noticias que nos ponen alertas sobre la complejidad de su personalidad y de sus decisiones, sus convicciones y adhesiones, sus aversiones y temores, toda una mina para las biografías, sino, además, dan el pulso, la tensión, en que estas biografías se hallan entreveradas con los procesos históricos más generales.

Generalmente, la correspondencia política está impregnada del entusiasmo y del idealismo para impulsar las acciones que se consideran transformadoras, aunque también en esas cartas –menos abundantes, por cierto–, no dejan de expresarse momentos de derrota y desaliento. Pero es en este tipo de documentos, por su carácter confidencial, donde se ponen de manifiesto motivos y razones que no se dicen en público o que solo se dan a entender de forma indirecta. En ocasiones, se expresa con el lenguaje de la persuasión para atraer a su opinión la del destinatario. O los casos más pragmáticos, de solicitudes específicas de favores para sí mismos o para otras personas.

Baste recordar algunos epistolarios de carácter cultural, eclesial o político que se han publicado en el siglo XX como aportes relevantes a la documentación histórica dominicana. Comenzando con el más célebre de ellos, las cartas del Archivo de Duarte, dado a conocer a través de la revista *Clio* por don



Carlos Larrazábal Blanco. Más recientemente el epistolario de Pedro Henríquez Ureña, incluido el particular entre éste y Alfonso Reyes, que dio a conocer Juan Jacobo de Lara en su edición de las *Obras Completas* del primero, publicadas por la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña; la correspondencia de la familia Henríquez Ureña, cuidada por Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón; el epistolario de Pedro Francisco Bonó y las cartas de Monseñor Meriño, por Emilio Rodríguez Demorizi, estas últimas enriquecidas recientemente con los aportes de José Luis Sáez Ramo, quien además recopiló en cuatro volúmenes las cartas del Arzobispo Nouel, incluidas en la colección del Archivo General de la Nación: un fragmento del epistolario de José Gabriel García que publicó don Vetilio Alfau en *Clio*, entre otras muchas cartas históricas que dio a conocer.

Además, los epistolarios de Mariano A. Cestero, Manuel de Jesús Galván, entre otros, compilados por Andrés Blanco, también incluidos en la colección del Archivo General de la Nación. Cabe mencionar el todavía poco conocido epistolario de Ulises Heureaux, (Lilís), importantísima colección de enormes proporciones, el cual, junto al de otros presidentes de la República, el Archivo General de la Nación tiene proyectado publicar, así como la correspondencia del historiador nacional José Gabriel García de una cantidad e importancia similares.

## II

*Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles* se inscribe en los epistolarios políticos. El cuerpo de documentos que constituye la obra tiene gran trascendencia por tratar una etapa crucial de la historia dominicana contemporánea. Antes el autor había publicado otros cuerpos de cartas como *Los*



*Trujillo se escriben* y la correspondencia entre Desiderio Arias y Trujillo. Ambos se referían al entorno del dictador. Si no me equivoco, este es el primero que publica el autor dedicado a las cartas de exiliados de la dictadura trujillista, y uno de los pocos publicados que corresponden a este período clave de nuestra historia del siglo XX.

La obra cuenta con una presentación de Roberto Cassá Bernaldo de Quirós, quien pondera la importancia de los personajes y de la colección de cartas. En particular, resalta la persona de Ángel Morales, al presente casi olvidada, a quien considera que fue “la figura paradigmática de la oposición al régimen de Trujillo” hasta prácticamente finalizar la II Guerra Mundial, cuando surgió en el exilio dominicano una nueva tendencia que “cuestionaba las posiciones del primer exilio”. De Sumner Welles dice Cassá que mantuvo “su propia convicción sobre la conveniencia de que Estados Unidos no se inmiscuyera en los asuntos internos de los países latinoamericanos”, pero al mismo tiempo advierte que “esta teoría no intervencionista fue favorable en todos los sentidos a Trujillo, por lo que Welles puso en claro, como expresó varias veces a Morales en las misivas, que no estaba en condiciones de hacer nada en contra de Trujillo” (p. 15).

Esa actitud que también analiza Bernardo Vega Boyrie a lo largo de su estudio, expresa los límites y las dificultades de una política internacional llamada a conciliar extremos contradictorios, como era la necesidad de la expansión imperialista, aun coloreada de comercial y anticolonial y el aislacionismo de los sectores conservadores. Esos límites solo eran forzados en momentos de peligro o ventajas notorias, con la puesta en marcha de prioridades estratégicas de corto y mediano plazos (por ejemplo, Panamá, Puerto Rico y Filipinas).



Sumner Welles realizó una importante carrera en el Departamento de Estado de los Estados Unidos, llegando a ser subsecretario para asuntos latinoamericanos y ocupó interinamente la dirección del mismo. Ha sido considerado el artífice de la política del “Buen vecino” impulsada por Franklin Delano Roosevelt en su diplomacia hacia América Latina, pero no hay que olvidar que esta echaba sus raíces en el panamericanismo de Seward, Evarts y Blaine, el mismo que fuera fuertemente criticado por Martí en el siglo XIX. A su llegada a Santo Domingo, en 1922, Welles era un joven intelectual y político demócrata, procedente de una acaudalada familia de Boston, que participó en la preparación de la evacuación de las tropas norteamericanas que ocuparon el país en 1916, tras aprobarse esta desocupación por orden del presidente Harding. Como intelectual, dejó un testimonio de su interés por el estudio de la República Dominicana en su importante libro de historia contemporánea *Naboth's Vineyard. The Dominican Republic, 1844-1925* (*La viña de Naboth. La República Dominicana, 1844-1925*), obra publicada originalmente en 1928 para la cual investigó en los archivos del Gobierno Dominicano y de Washington.

No se si tuvo alguna influencia en la citada participación el que su tío abuelo había sido el senador Charles Sumner, quien utilizó la metáfora de la bíblica viña de Naboth en su discurso ante el Senado estadounidense contra la anexión de Santo Domingo solicitada al presidente Ulises Grant por Buenaventura Báez en 1869, aunque para disuadir a sus colegas arguyó que se trataba de un territorio poblado por una masa semisalvaje de negros feroces y violentos. En tal caso, este sería su vínculo más antiguo con el país.



Pero lo cierto es que su concepto fue un tanto diferente que el de su pariente, como lo atestigua el hecho de su larga amistad con el presidente Horacio Vásquez, el propio Ángel Morales, y otros dominicanos que menciona Bernardo Vega Boyrie; y lo demuestra, sobre todo, la solidaridad efectiva de Welles hacia los exiliados dominicanos que buscaron, por la mediación de Morales, como se ve a través de la correspondencia que ahora se publica, su admisión en el territorio norteamericano.

En sus cartas Morales expresa la admiración que siente por Welles y por su destacado papel en la política exterior norteamericana; lo mismo puede decirse de Welles hacia Morales en lo que atañe a su actitud hacia Trujillo. A través de las cartas se observa una continua preocupación por la evolución política del país a lo largo de más de dos décadas. No obstante, hay un diálogo de sordos en lo que respecta a la postura de uno y de otro con relación al papel de la política exterior norteamericana frente a Trujillo.

Mientras Morales insistía en la necesidad de una intervención directa para sacar de la presidencia al dictador, Welles solo consideró posible una acción directa contra Trujillo si se trataba de una operación conjunta con apoyo continental y no unilateral de los Estados Unidos. No obstante, el reconocimiento por Morales de que esta última había sido la forma más común de actuar en el área del Caribe, explica la reiteración de su propuesta ante Welles. Desde luego, la crisis económica y luego la crisis política creada por la II Guerra Mundial puso cuestiones de más importancia en la mesa de la política exterior estadounidense.

El cuerpo de documentos que forma la correspondencia Morales-Welles incluida en esta obra ha sido acumulada por Bernardo Vega en varios archivos norteamericanos y



sus originales están disponibles en la colección documental que lleva su nombre en el Archivo General de la Nación, y a la cual se puede acceder vía Internet a través de su página web. Todas las cartas en inglés, la gran mayoría de Welles, fueron traducidas por Bernardo Vega. Solo unas cuatro cartas proceden del archivo particular de Ángel Morales, también de reciente ingreso en el Archivo General de la Nación gracias a la diligencia de Rafael Deprat y la generosidad de doña Amada Sabater, viuda del Dr. Juan Isidro Jimenes Grullón.

Me he referido más arriba al estudio de Bernardo Vega Boyrie que avalora esta correspondencia. Quiero aclarar que se trata más bien de un conjunto formado por la introducción, la presentación de los autores de las cartas y de tres breves análisis históricos que el autor ha distribuido en varios capítulos de la obra, pero su coherencia y unidad permite que se lean estos cuadros como capítulos de un mismo estudio, como ustedes podrán comprobar. Estos tres breves análisis son, a saber: “Temas básicos en las relaciones bilaterales en 1930” y otro con igual título para 1931, ambos incluidos con la correspondencia de los años respectivos, así como un capítulo sobre “El papel de Ángel Morales en la fracasada expedición de Cayo Confites”, ubicado junto a la correspondencia del año 1947. Comienza el estudio con la presentación de los corresponsales del epistolario: Morales y Welles, para continuar con los ya referidos breves análisis de coyuntura de las relaciones dominico-estadounidenses en los dos primeros años de la dictadura.

Además, el autor ha añadido una cronología en la que da cuenta de los eventos más importantes que afectaron año tras año las relaciones entre los dos países, así como los acontecimientos de los exiliados dominicanos. En ellos brinda



un panorama, por fuerza sintético, del contexto histórico de las cartas. De suerte que se está preparado para hacer una lectura más provechosa de las misivas, ordenadas cronológicamente guardando su orden original. Aún más, cuenta con numerosas notas que aclaran sobre personas y hechos a los que se hace mención en las cartas. Quiero recalcar que este es un recurso metodológico muy recomendable en la preparación de epistolarios y cuerpos documentales, como ha mostrado Bernardo Vega en varias de sus recopilaciones documentales anteriores, puesto que con ello se salva el hecho de que sea una publicación solo aprovechable para personas conocedoras y especialistas.

En conclusión, puedo asegurar que la presente obra viene a sumarse a las fuentes publicadas y a los estudios de calidad ya existentes en el país sobre este período clave de nuestra historia, pese a lo cual continúa siendo distorsionado y mal conocido.

Se agradece al autor porque, su nuevo libro aporta materiales novedosos que permiten enriquecer nuestro conocimiento y así ampliar las perspectivas de valoración y crítica histórica de una época compleja, como fue la dictadura de Trujillo, cuya pesada herencia todavía nos oprime.



\*\*\*\*\*

*La promesa ilusoria. La República Dominicana y el proceso de desarrollo económico, 1900-1930*, 1era. edición en español, de Paul Muto. Santo Domingo, Editora Búho, 2014, 368 pp. (Academia Dominicana de la Historia, vol. CXIX), lanzado al público en el salón de actos de la institución en la noche del miércoles 27 de agosto de 2014.

Miguel Ceara Hatton<sup>2</sup>

Quiero agradecer a la Academia Dominicana de la Historia la oportunidad que me brinda de presentar el libro de Paul Muto titulado *La promesa Ilusoria. La República Dominicana y el proceso de desarrollo económico, 1900-1930*.

Como no soy historiador, a lo sumo un lector de la historia, me imagino que me invitaron a hacer esta presentación por aquello del “desarrollo económico”. De hecho me precio de ser un economista del desarrollo, una especie que está de regreso debido a la incapacidad de la economía convencional, los llamados economistas neoclásicos, para explicar la tremenda desigualdad económica y social que caracteriza a la economía mundial y ello puede explicar la importancia que ha tomado el libro de Piketty, así como explicar la incapacidad de los mercados para autocorregirse, siendo la crisis del 2008, la mejor evidencia y, finalmente, el persistente desempleo y pobreza que ha caracterizado a una gran cantidad de países en los últimos años.

Este regreso vuelve en gran medida de la mano de la macroeconomía keynesiana, como fue en la década del

2. Economista, profesor de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, autor de más de 8 libros y decenas de artículos académicos sobre temas económicos dominicanos y caribeños.



cincuenta del pasado siglo XX. En aquella época apareció primero como un tema de crecimiento y, luego en el debate, se transformó en la teoría del desarrollo. Hoy en adición viene acompañado de las escuelas de la heterodoxia económica (como Minsky) y de los economistas neoclásicos disidentes (como Krugman y Stiglitz) para diagnosticar y recomendar políticas de corto plazo mientras que los economistas del desarrollo buscan entender el largo plazo.

No en el sentido de Kalecki de que el largo plazo es una sucesión de corto plazo, sino el largo plazo entendido como conformación de una dinámica estructural que genera resultados condicionados dentro de la lógica de funcionamiento de esa forma de funcionar de la economía y la sociedad. Se trata, entonces, de entender una forma de funcionar y acomodarse de la estructura productiva, que determina una norma de distribución del ingreso, de la acumulación de capitales y de relaciones de poder que se refuerzan y se reproducen por la cultura, la política y las instituciones.

Esa dinámica estructural no cambia espontáneamente. Se modifica cuando algunos de sus componentes generan una forma de funcionamiento que la auto derrota, es decir, se crea algo así como externalidades negativas que afectan el buen funcionamiento del modelo o cuando se producen choques externos a la forma de funcionamiento que alteran la estructura productiva, de la distribución del ingreso y la propiedad, de la dinámica de la acumulación de capitales o de las relaciones de poder que se corresponden con ese modelo.

Esa es mi lectura del libro de Muto, trabajar la lógica subyacente en una dinámica económica específica, de la economía de exportación en República Dominicana entre 1900



y 1930, cuando madura la economía de exportación del azúcar, café, cacao y tabaco.

Fue una dinámica estructural que duró casi 100 años, de la década del 80 del siglo XIX hasta la década del 80 en el siglo XX, y en el transcurso de ese tiempo registró cambios en la distribución del ingreso y en el proceso de acumulación de capital, pero permaneciendo la esencia. Es como decir, que el sistema de ecuaciones que explicaba el funcionamiento del modelo permaneció intacto y sólo requirió pequeños ajustes para reflejar los cambios que le introdujo la dictadura trujillista y el período post-Trujillo, sobre todo en materia de distribución del ingreso y del destino de la acumulación de capitales.

La dinámica del modelo que se instituyó en esa época se caracterizó porque simultáneamente generaba crecimiento económico y exclusión social y pobreza, y en el tiempo ha permanecido el mismo resultado, bajo diferentes mecanismos pero con una misma lógica de funcionamiento.

Primero, en el marco de una excesiva dependencia externa de penetración del capital extranjero que abarcó desde el inicio de la industria azucarera (los últimos 20 años del siglo XIX) hasta la consolidación de régimen de Trujillo. En donde el crecimiento de las exportaciones fue activo y la fuente de acumulación se basó en el constreñimiento ingreso individual y social de las grandes masas urbanas y rurales. No pretendo decir que fue un plan preconcebido y malévolos para extraer excedentes de la República Dominicana, sino la existencia simultánea de un conjunto de circunstancias que conformaron una forma específica de funcionar de la economía. De este período es el libro de Muto.

Segundo, durante los años de la dictadura, que se caracterizaron por un período de rápida acumulación



determinada por el ritmo de las exportaciones al tiempo que se materializaban algunas inversiones de sustitución de importaciones, pero fuera de una lógica de mercado, creándose una mecánica de distribución concentrada en Trujillo y sus allegados, mientras el resto era sencillamente excluido.

Tercero, una economía de sustitución de importaciones que fomentaba una acumulación industrial y urbana, sobre la base de un mecanismo de mercado, financiado por las mismas exportaciones tradicionales. Este período abarca desde 1968 hasta 1982 y se caracterizó por un proceso de acumulación basado en el congelamiento de los salarios individuales y sociales, en la descapitalización de la economía rural y agrícola, en la descapitalización del sector exportador tradicional a través de una tasa de cambio sobrevaluada, y en la apropiación privada e irregular de las empresas públicas, entre otros mecanismos.

Estas políticas llegaron a su límite cuando en la década del setenta del siglo XX, se combinaron con una situación internacional caracterizada por cambios en las preferencias de los consumidores que redujeron el consumo de calorías, del tabaco y la caféina. Por cambios tecnológicos que permitieron sustituir al azúcar de caña por la de maíz y finalmente, una política de subsidio en los países desarrollados que convirtió a Europa en exportador de remolacha y financió al maíz en Estados Unidos. Todos estos cambios, tanto en la situación interna de República Dominicana como en la situación internacional, hicieron inviables las exportaciones tradicionales dominicanas.

La forma de organizarse de la sociedad dominicana, en esos cien años, para generar el excedente económico, distribuirlo y acumularlo, había entrado en una crisis irreversible en la década del ochenta del siglo pasado.



Entonces se crearon nuevos ejes dinámicos. La economía de los servicios y la producción de bienes transables internacionalmente se dinamizaron, ello llevó a una estabilidad cambiaria en un mercado relativamente libre, pero la fuente de competitividad seguía siendo el bajo salario individual y social.

Esto no quiere decir que en el país no haya elementos de modernidad y progreso, nada más hay que ver los edificios de la ciudad de Santo Domingo, los centros comerciales o el crecimiento del PIB, pero el progreso ha sido sencillamente eso, las cosas pero no el bienestar de la gente, la calidad de vida de la gente quedó rezagada. Llevamos más de 125 años montados en un modelo que sigue generando crecimiento económico, pero al mismo tiempo pobreza, desigualdad y marginalidad. Hoy, lamentablemente más que nunca, la desesperanza y el desencanto crecen y se convierten en violencia social.

¿De dónde vienen estos resultados? Muto lo identifica en la génesis del modelo agroexportador y nos dice:

“Así el mismo proceso de expansión económica garantizó el futuro subdesarrollo y la pobreza de las masas dominicanas”.<sup>3</sup>

Muto describe cómo la tierra se convirtió en el principal activo de la sociedad dominicana, bajo un régimen de propiedad difuso, el sistema comunero en disolución, que permitió una rápida concentración de tierras en manos de grandes empresas exportadoras de azúcar y que reorganizó la sociedad dominicana en función de los intereses de esas inversiones.

3. Paul Muto. *La promesa ilusoria. La República Dominicana y el proceso de desarrollo económico, 1900-1930*, 1era. edición en español. Santo Domingo, Editora Búho, 2014, p. 91. (Academia Dominicana de la Historia, vol. CXIX).



Dice Muto que:

“Los dominicanos entraron acriticamente en un sistema económico mundial diseñado en beneficio de los poderes comerciales e industriales y cuyo beneficio para los productores de materias primas no pudo ser más ilusorio”.<sup>4</sup> [...] “La República fue sometida a los caprichos de las grandes potencias industriales y comerciales; su posición básicamente hubiera sido la misma bajo el dominio de cualquiera de ellas. En gran medida los dominicanos fueron espectadores del desarrollo que tenía lugar en su entorno a ellos ya que los inmigrantes y los extranjeros obtuvieron las mayores recompensas”.<sup>5</sup>

Indica el autor que mientras otros países de América Latina tuvieron la posibilidad de un mercado interno y un potencial para el desarrollo industrial, los dominicanos tuvieron como única alternativa el desarrollo agrícola. El país pudo hacer muy poco para ampliar el valor agregado de su agricultura

“puesto que los países industrializados controlaban la transformación final y la comercialización de productos agrícolas”,<sup>6</sup>

restringiendo el desarrollo de esas actividades a las etapas más básicas de producción, pero además las necesidades de acumulación de capital para desarrollar otras posibilidades productivas, exigían unos niveles de recursos que sobrepasaban los límites individuales, de forma que la industria de la caña tuvo el campo libre.

4. Paul Muto. *La promesa ilusoria...*, p. 80.

5. *Ibidem*, p. 82.

6. *Ibidem*.



Es así que los dominicanos, al decir de Muto,

“se encontraron compartiendo su país con enormes compañías que transformaron los conceptos nacionales de riqueza. Una casa importadora-exportadora o un gran hato de ganado no se vieron más como inmensamente grandes si se comparaban con un central azucarero de millones de dólares”.<sup>7</sup>

A pesar de este tamaño relativo impresionante para República Dominicana y del rápido crecimiento entre 1870-1930, el país tuvo una importancia limitada para los Estados Unidos, ya que la potencia podía prescindir de los productos dominicanos. Si bien protegieron los intereses de los ciudadanos norteamericanos en República Dominicana, Muto indica que “sus políticas a menudo estuvieron basadas en consideraciones estratégicas”,<sup>8</sup> como la competencia política y la amenaza militar en vez de una competencia económica para desarrollar un mercado. Aunque una vez

“que tuvieron un papel decisivo en el país los estadistas estadounidenses pusieron en práctica las políticas para extraer la mayor cantidad de excedente económico posible”.<sup>9</sup>

La actividad exportadora demandó nuevos servicios y contribuyó a profundizar la economía monetaria de producción, expandió ciudades y las regiones azucareras. Esta expansión, multiplicó los ingresos de la población, generó nuevos recursos fiscales e indujo nuevas demandas, que estimularon las

7. Paul Muto. *La promesa ilusoria...*, p. 83.

8. *Ibidem*.

9. *Ibidem*, p. 118.



importaciones en vez de canalizarse por la demanda de bienes locales. El país estaba funcionando en una lógica

“impulsado por las necesidades de las grandes potencias comerciales e industriales del mundo”.<sup>10</sup>

La posición de República Dominicana era clara: proveer materias primas para la exportación a cambio de importar bienes manufacturados. De esto, concluye Muto, la atracción por los productos modernos industriales y las prioridades de los sectores dirigentes, los cuales rechazaban una economía orientada localmente,

“se combinaron para producir una dependencia excesiva de mercados y productos extranjeros”.<sup>11</sup>

Este consumo creó una prosperidad de fachada (como acontece hoy) que imitaba al de los países ricos, acrecentando la brecha entre la vida urbana y la rural y como señala Muto:

“La demanda poco realista de bienes de consumo direccionó [sic] el escaso capital nacional hacia un consumo prominente en vez de orientarlo hacia empresas productivas nacionales; como resulta, la gran masa del pueblo dominicano se vio afectada, [y resultó] extremadamente perjudicial para los artesanos y los fabricantes locales”.<sup>12</sup>

Así la actividad local hacia el mercado doméstico quedó inserta en una dinámica estructuralmente rezagada, que impulsaba la segmentación de la economía.

Según Muto, esta situación se profundizó, debido a otros factores que iban más allá de la indolencia, y que desalentaron el crecimiento doméstico como, por ejemplo,

10. Paul Muto. *La promesa ilusoria...*, p. 91.

11. *Ibíd.*

12. *Ibíd.*, p. 98.



“las políticas arancelarias, la fuga de capital, la insuficiente infraestructura y la ausencia de estímulos efectivos por parte del Gobierno. [...] Los líderes dominicanos vincularon su país a un sistema económico mundial que promovió activamente el desequilibrio y la desigualdad. Presentando la promesa de un estilo de vida moderno a los elementos dirigentes de la sociedad dominicana, [...] que en gran medida sobornaron los intereses nacionales. El desarrollo de las exportaciones no fue equivalente al desarrollo nacional. [...] Aquel fracasó en incluir y beneficiar a la gran mayoría de dominicanos en el proceso de expansión económica”.<sup>13</sup>

Para Muto,

“el desarrollo distorsionado experimentado en la República no fue del todo inspirado fuera del país. Líderes dominicanos sometieron voluntariamente a su país al sistema explotador del comercio internacional, a la par que rechazaron aprovechar las oportunidades económicas dejadas a ellos para lograr el desarrollo doméstico”.<sup>14</sup>

La consecuencia fue la profundización de la segmentación y polarización entre clases. Muto ensaya un ejercicio de cuantificación del grado de polarización social a partir del Censo de 1920, estableciendo dos niveles socioeconómicos: el alto y el bajo<sup>15</sup> El primero representa entre el 7% -10% de la población y el bajo entre el 90-93% de la población. Dentro

13. Paul Muto. *La promesa ilusoria...*, p. 111.

14. *Ibidem*, p. 30.

15. *Ibidem*, p. 14.



de cada grupo establece tres subgrupos grupos: el alto, medio y bajo.

En el extremo inferior estaban: los masas rurales y los pobres urbanos que representan el 85% de la población y en el extremo superior: los dueños de ingenios azucareros, grandes comerciantes de importación y financieros, así como profesionales exitosos, líderes políticos, pequeños industriales, dueños de plantaciones de cultivos de exportación, entre otros, los cuales representan alrededor del 3% de la población.

Esta estratificación económica estuvo asociada a unos rígidos criterios sociales que bloquearon la movilidad social:

“Este sistema, a menudo ilógico, excluyó a muchos individuos ricos y poderosos que no poseían la aceptable combinación de raza, cultura y alcurnia familiar, a la vez que las élites establecidas se aferraban a la preminencia social sin tener grandes fortunas. En una sociedad que enfatizaba el estatus, esta situación provocó una gran frustración entre los aspirantes a reconocimientos y seguridad social”.<sup>16</sup>

Se creó, entonces una gran rigidez en la movilidad social, la cual se agravó con la aparición de limitados “sectores medios urbanos” que aspiraban a una mayor movilidad social, a partir del “desarrollo de la economía doméstica y del empleo público”.<sup>17</sup> Sin embargo, al decir de Muto, “aparte de su devoción por el crecimiento económico, los sectores medios criollos no eran una fuerza progresista” pues por sus pretensiones sociales pretendían actuar como las élites y demandaban un consumo considerable en vez de inversiones para el desarrollo local.

16. Paul Muto. *La promesa ilusoria...*, p. 176.

17. *Ibidem*, pp. 228-229.



“Estos sectores carecían de una voz representativa en asuntos políticos, pero muchos, con roles secundarios, estaban envueltos en la política dominada por la élite. Debido a que los extranjeros habían absorbido gran parte de los empleos de cuello blanco creados por el crecimiento económico, la política ofrecía esperanzas de empleo gubernamental para los dominicanos educados que carecían de medios económicos, [...] la política quedó como una industria importante para los criollos que tenían ambiciones de movilidad ascendente”.<sup>18</sup>

Lamentablemente, estas prácticas de las primeras tres décadas del siglo XX, tienen todavía vigencia, la política sustituye lo que la actividad económica debería proveer en principio: la inclusión económica y social, sobre todo en un modelo económico que genera crecimiento y al mismo tiempo genera muy pocos empleos.

Muto dedica un capítulo a analizar la segmentación del territorio y de las tensiones campo y ciudad. Un dato nos puede dar una idea de la magnitud de lo que significa la ciudad en la República Dominicana: En 1908, la Habana tenía una población que era casi 14 veces la ciudad de Santo Domingo que contaba casi con 19 mil habitantes.

De la segmentación del territorio, baste un dato, refiriéndose al tema de transporte, Muto señala que en la década del 10 del SXX, no había carreteras, las que habían eran simples “trochas” y

“con el alcance limitado de los ferrocarriles, los costos de transporte fueron exorbitantes. Costaba cerca de un dólar

18. Paul Muto. *La promesa ilusoria...*, p. 256.



transportar cien libras de cacao a Santo Domingo (desde Cibao) y solo veinticinco centavos desde la capital a Nueva York. En Brasil, por transportar una cantidad similar hacia la costa, se pagaba solo alrededor de veinte centavos”.

Muto concluye ese capítulo anotando que:

“la élite tuvo mucho éxito en el mejoramiento físico de las ciudades. Estas mejoras, en gran parte, sirvieron a los ciudadanos y residentes urbanos más acaudalados, y rindieron beneficios cada vez menores a medida que se descendía en la escala socioeconómica. Los programas para ayudar a las clases más pobres también sirvieron a los ricos para mantener el orden social y satisfacer su requerimiento de ofrecer una imagen paternalista adecuada [piense en los actuales programas de asistencia social, como Solidaridad]. Al equiparar la grande y próspera capital con un país más rico y moderno, los líderes de la élite hicieron del crecimiento de Santo Domingo un fin en sí mismo”.<sup>19</sup>

Tal parece que ese objetivo sigue actualmente presente en una parte del liderazgo nacional.

El capítulo 7 del libro, Muto lo dedica a la invasión norteamericana de 1916-1924, concluyendo que

“la herencia de la ocupación de los Estados Unidos fue básicamente negativa. La construcción de obras públicas, las reformas educativas –aunque incompletas– y la reorganización financiera constituyeron algunos aspectos positivos de la ocupación, pero ellos no lograron justificarla. Las obras públicas no llevaron por sí solas a un desarrollo económico balanceado, pero sí facilitaron la tarea del control

19. Paul Muto. *La promesa ilusoria...*, pp. 241-242.



nacional. Las reformas financieras no podían esconder el hecho de que la administración estadounidense había expandido la deuda pública y prolongado la Receptoría a un futuro lejano o que la reforma arancelaria de 1920 había destruido lo poco que restaba de la industria dominicana. El sistema escolar fue una preocupación que valía la pena, pero se sacrificó cuando los dirigentes de los Estados Unidos se vieron necesitados de fondos. Las carreteras tuvieron la primacía. Las políticas económicas ayudaron a la expansión y control del azúcar y a la desaparición de muchas pequeñas empresas agrícolas. No se había dado ninguna reforma política y las elecciones de 1924 pusieron otra vez en escena al viejo caudillo político, Horacio Vásquez. El sostén que representaba un fuerte Ejército nacional, oscureció por un momento las luchas políticas divisivas que se daban tanto como antes. La intervención estadounidense, una vez más, había levantado la intensidad de los destructivos ‘juegos’ políticos en vez de eliminarlos. La creación de la *constabulary* o Guardia Nacional, con la esperanza de que permanecería apolítica, ignoró completamente las realidades de la sociedad dominicana”.<sup>20</sup>

Se sabe en que terminó esa Guardia Nacional. En resumen, concluye Muto:

“Puede verse fácilmente que los dominicanos encontraron los legados de la ocupación avasalladores en detrimento de su sociedad”.<sup>21</sup>

A la larga el país y la élite quedó atrapado en un modelo económico, político e institucional que no mejoró las vidas

20. Paul Muto. *La promesa ilusoria...*, p. 264-265.

21. *Ibidem*, p. 265.



de los campesinos, no resolvió la escasez de alimentos, que ejerció un poder político poco democrático, que se mantuvo bajo el control de Estados Unidos, que no priorizó los intereses nacionales sobre los particulares y no estableció las bases para un futuro más próspero de la República Dominicana. Esa elite, dice Muto,

“no cuestionó la dependencia de las exportaciones, pero trataron de maximizar los beneficios personales y pasar los costos a las masas en forma de una pobreza continua o intensificada. La promesa de la prosperidad nacional dominicano no fue solo elusiva sino también ilusoria. El problema más grande se encontraba en la forma de expansión económica [entiéndase el modelo] en la que participaron de manera voluntaria los dominicanos de las clases dirigentes”.<sup>22</sup>

Es decir, agregó, en un modelo que ha variado en algunos de sus componentes pero sigue teniendo la misma lógica de funcionamiento en los últimos 115 años: crecimiento económico, inelasticidad a bajar la pobreza y el desempleo, pobreza generalizada, desigualdad, poco encadenamiento interno, segmentación y exclusión social y espacial, marginalidad, débiles instituciones, un régimen de corrupción pública que se acrecienta y este resultado insuficiente ha ocurrido en una magnitud muy superior a la esperada, dado el estándar mundial que relaciona la riqueza por habitante y el desempeño de cada indicador.

Muchas gracias.

22. Paul Muto. *La promesa ilusoria...*, p. 284.

